

Todos esos factores convirtieron al grupo peninsular en el sector económico y político más poderoso del virreinato. Y sobre todo, crearon los medios para renovar y ampliar, casi en cada nueva generación, el sistema de poder establecido.

El ensayo que cierra el volumen es un estudio sobre Guanajuato, en el que Brading desarrolla con plenitud los métodos aplicados en los ensayos precedentes. El gran centro minero y político de El Bajío es objeto en esta parte de un enfoque múltiple (social, económico, político y regional) que va esclareciendo el complejo proceso que hizo de esta región una de las más dinámicas y florecientes del virreinato. Junto a los admirables análisis de los procesos económicos y sociales, el lector encontrará aquí una interesante explicación de la relación existente entre una región y los intereses metropolitanos, que arroja nueva luz sobre la estructura dependiente de la Colonia y permite encontrar nuevas explicaciones a las contradicciones internas surgidas en su seno.

Sin embargo, la reseña sucinta de los temas que trata la obra de Brading no da idea de su riqueza ni de las múltiples sugerencias que encierra. Habría que destacar, en una reseña más analítica que informativa, la extraordinaria sensibilidad que muestra el autor para captar complejos y a veces menudos procesos sociales, económicos y políticos, la incorporación de nuevos métodos y enfoques, y la sabia manera de combinar las artes de la nueva y la vieja historia para producir un libro que se inscribe entre las grandes obras de historiografía colonial.

Enrique FLORESCANO  
*El Colegio de México*

David J. WEBER, *The Taos Trappers. The Fur Trade in the Far Southwest, 1540-1864*, Norman, University of Oklahoma Press, 1971.

El título y el texto del libro de David J. Weber están en feliz correspondencia. En esta obra el autor identifica a un buen número de tratantes de pieles y tramperos que hicieron del pueblo de Taos su centro de operaciones. Los dos términos del título, los tramperos de origen español, francés, inglés, yanqui o canadiense, que entraban y salían del territorio de Nuevo México, con sus cargas de pieles de castor y la antigua aldea india de Taos, que con

sus ires y venires cobró importancia transitoria, son efectivamente la materia de este estudio.

En el pasado de la América del norte anglosajona, la trata de pieles finas fue incentivo tan poderoso para la expansión franco-inglesa y luego estadounidense, como la minería para la española. La caza de castores, nutrias, martas, etc. y el comercio de pieles finas por europeos, que iniciaron en el litoral atlántico para perseguirlo hasta el del océano Pacífico, es historia ampliamente estudiada y trabajada en los Estados Unidos. Este libro que puntualiza quiénes fueron esos últimos "courreurs-de-bois" que vivieron en Taos, contribuye al enriquecimiento de este fértil campo de la historiografía estadounidense.

Al empezar la segunda década del siglo XIX, la vieja aldea de los indios Pueblo sirvió de puesto de avanzada en la ruta que los angloamericanos estaban abriendo hacia el océano Pacífico. Partieron de los establecimientos de Misuri y penetraron, a veces utilizando trechos de ríos, otras por los bosques, hasta encontrar las fuentes del río Bravo, en donde estaba Taos, el punto más avanzado septentrional de la colonización española. A esa ruta la llamaban el camino de Santa Fe (Santa Fe trail). De allí partieron, los tramperos de esta historia, para explorar y completar una ruta transcontinental. Y no precisamente de Santa Fe, capital del territorio de Nuevo México, sino de Taos, un poco más al norte, adonde apenas llegaba la vigilancia gubernamental.

En busca de castores que financiaran las empresas, exploraron el occidente de Taos, por los ríos Colorado y Gila, con lo que llegaron al pie de las montañas Rocallosas, en territorio de California. Cruzar las montañas nevadas y llegar al mar, en donde esperaban los buques que hacían el comercio internacional, fue cuestión de pocos años. La importancia de Taos decayó cuando quedaron limpios de castores los ríos de la región y los tramperos vieron el océano Pacífico.

Sacar a luz esta historia es el objeto principal del estudio. Pero, quizá debido a que estos tramperos operaban desde la aldea de Taos, cuando Nuevo México dejó de ser español para convertirse temporalmente en mexicano, y en sus correrías cruzaban tierras que por fin iban a quedar en posesión de los Estados Unidos, el autor creyó conveniente proporcionar al lector algunas noticias sobre la historia del Nuevo México español-mexicano, a lo cual dedicó los tres primeros capítulos del libro. Estos son los que se apartan de la historiografía yanqui tradicional, pues el autor ha

hecho el esfuerzo, utilizando nueva documentación, de introducir al lector al conocimiento del pasado remoto (1540!) de la región.

A lo largo del libro encontramos aún las observaciones ya conocidas de objeción y rechazo al estilo de vida que precedió al estadounidense en las antiguas provincias internas españolas. Por ejemplo, la actitud del gobernador Allande (p. 47) y en general la de otros gobernadores del período que el autor llama mexicano. Sin embargo, el hecho de que el autor se refiera concretamente a las antiguas versiones, en los capítulos mencionados, apunta al interés de sacar a la historia del Far Southwest del campo de las generalizaciones.

Esos tres capítulos fueron posiblemente los más difíciles de escribir. Pues no son indispensables para conocer la biografía de los tramperos y en cambio complican la estructura del libro, pues ¿cómo relacionar las biografías de individuos que vivieron en una época precisa, todas tan parecidas y para cuyo conocimiento hay ya tantos elementos trabajados, con el modo de vida indio, español, el llamado mexicano y el estadounidense en la primera mitad del siglo XIX, por tantos motivos contradictorios y para el cual son escasos los estudios particulares?

En el primero, el autor se refiere a la opinión despectiva que los yanquis tenían de los pobladores y los poblados españoles. El segundo es una nueva versión de un primer artículo que sirvió al autor para indagar cuál era la experiencia que los españoles tenían en el comercio de pieles y, en el tercero, llamado curiosamente "Intruders, 1739-1821", se refiere a los encuentros entre comerciantes franceses y funcionarios españoles que contribuyeron a determinar el tono de las relaciones fronterizas.

Si es que contar el "épico" avance angloamericano hacia el Oeste no es ya el objetivo principal del historiador, para escribir la historia de los territorios al norte del río Bravo, como el autor lo señala (p. 7), el conocimiento del dominio colonial español del Septentrión es necesario. La lectura de documentos y la de obras sobre esos siglos llevaría, por ejemplo, a la interpretación correcta del sistema de encomiendas (p. 18), a la comprensión del funcionamiento del comercio o rescate indio-español. Las naciones indias, aunque aludidas por sus nombres en este estudio, dejarían de ser "anomalía" del paisaje y el éxito del comercio que hacía el anglosajón podría dejar de ser la única justificación de sus conquistas. En cuanto al período llamado mexicano, convendría preguntarse, ¿se trata de referirse a él distintamente por ser el nombre oficial

que se da al período, requerido por el cambio de soberanía, o es necesaria la distinción por tratarse de un cambio, no dijéramos radical pero sí fácilmente advertido?

El aparato erudito de la obra es impecable. Además de la rica bibliografía sobre su tema, el autor consultó los documentos del archivo español conservado en Santa Fe de Nuevo México, así como las copias de documentos que H. E. Bolton sacó del Archivo General de la Nación y que ahora se guardan en la biblioteca Bancroft. También obtuvo alguna información del Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Los mapas e ilustraciones y la pulcra factura del libro corresponden al alto nivel de las publicaciones académicas de la Universidad de Oklahoma.

María del Carmen VELÁZQUEZ  
*El Colegio de México*

Josefina VÁZQUEZ DE KNAUTH, *Nacionalismo y educación en México*. México, El Colegio de México, 1970.

La cuestión metafísica: "¿cuál es el significado de la experiencia colectiva mexicana?", ha acompañado a la vida intelectual mesoamericana desde las épocas más remotas hasta el presente. Vinculado a esto, se da el hecho de que desde los tiempos de Justo Sierra, el esfuerzo historiográfico de México se ha dirigido hacia la comprensión del proceso formativo necesario para el desarrollo de un estado nacional moderno. En respuesta a esta inquietud, hacia la década de 1940 la historiografía extranjera se mostró convencida de que la tarea principal era establecer los "factores de desarrollo" de cada uno de los procesos del mundo mexicano —fuesen éstos la industrialización, la literatura o el nacionalismo. En la década pasada la cuestión vital se ha presentado bajo el sol del neomarxismo en las ciencias sociales: "¿Qué factores mejorarán la productividad de la industria del desarrollo nacional?" Estas pin-celadas gruesas, dan una idea esquemática de los antecedentes intelectuales de la obra de Josefina Vázquez de Knauth.

En su estudio de la historia política del pensamiento educativo mexicano, la autora analiza las relaciones entre la política educativa del gobierno central y la historia registrada en los libros de texto. Su investigación ofrece varios puntos de gran interés para los historiadores de las ideas de México.

En primer lugar, la idea de un mexicano modelo ha gozado